

un corazón rastrero y un espíritu limitado; porque solo los corazones nobles son capaces de emprender cosas grandes, al paso que solo los espíritus elevados son capaces de apreciarlas.

ORACION.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber protegido oportunamente á la Iglesia contra los infieles, é inspirado á san Juan de Mata y á sus religiosos aquella ardorosa caridad tan necesaria para la redencion de los cautivos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *socorreré á los presos con mis limosnas ó con mis oraciones.*

LECCION XL.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS XI Y XII.)

La Iglesia consolada : fundacion de la Orden hospitalaria del Espíritu Santo, del hospital de Albrac, de los religiosos Pontifes ó pontoneros; — afligida y atacada : escándalos; errores de Arnaldo de Brescia; — consolada y defendida : nono y décimo concilios generales celebrados en San Juan de Letran; — atacada otra vez : herejía de los Valdenses; — defendida y consolada : undécimo concilio general de Letran; san Isidro, san Drogon; conversion de los Rugienses; — atacada : Albigenses y Beguardos.

En su maternal afán, la Iglesia, al mismo tiempo que armaba el brazo de los caballeros para guarecer á sus hijos contra los infieles, y hablaba al corazón de los religiosos Trinitarios para libertar á los cautivos, no se olvidaba de los que padecian en el interior mismo del redil. *Siempre tendréis pobres con vosotros*, decia el Salvador del mundo¹, esto es una verdad; pero así como el Paganismo los dejaba perecer de hambre, la Religion los sustentaba y asistia con una magnificencia verdaderamente régia. En efecto, en el curso del siglo XII verémos elevarse como por ensalmo numerosos hospitales para aliviar las diferentes miserias del hombre, y enseñarle que ya no se hallaba bajo la afrentosa servidumbre del Paganismo, sino bajo la suave coyunda de la caridad.

Entre las Órdenes hospitalarias que aparecieron á la sazón, nombrarémos la del Espíritu Santo, cuyo fundador fué Guy, señor de Montpellier. Propagóse con celeridad, y el papa Inocencio III erigió en Roma un hospital que puso bajo la direccion de la nueva Orden; monumento digno de Roma, del vicario de Jesucristo, de la majestad y caridad de la Iglesia católica, que merece ser conocido. Compónese de varios cuerpos de edificio, encerrando un salon tan anchuroso que puede contener hasta mil camas², al lado del cual corre una galería capaz de doscientas; en otra pieza transversal se colocan los heridos, y para los eclesiásticos y nobles existen cámaras separadas, cada una con cuatro lechos, donde se sirve á los enfermos en vajilla de plata. Tambien hay piezas distintas para herejes y enfermos contagiosos, para huérfanos y sus amas (estas además de dos mil foráneas, que igualmente reciben chiquillos para criar), para niños expósitos, que

¹ Joan. XII, 8.

² Todas las estancias reunidas contienen actualmente 1,616 camas. Monseñor Morichini, *Institutos de caridad en Roma*, pág. 36, y las *Tres Ramas*, t. II.

son en número de quinientos, desde la edad de tres años hasta la de poder tomar estado, y para niñas en igual número hasta que se casan ó entran en religion, dirigidas por hermanas de la propia Orden, cuyo convento se contiene en el mismo hospital: caso de contraer matrimonio reciben un dote de cincuenta escudos romanos¹. Al lado del hospital se eleva el palacio del comendador ó jefe de la Orden, corriendo entre ambos edificios un claustro en el cual hay casas para los médicos, cirujanos, criados y dependientes del establecimiento, en todo un centenar de personas, y de allí se pasa á la habitacion de los religiosos.

Los gastos anuales, comprendiendo huérfanos y enfermos, ascienden á un millon por término medio².

Para recibir los expósitos existe en el ámbito exterior un torno grande y siempre abierto, con un mullido colchon, donde cualquiera puede depositarlos osadamente á la luz del dia, pues está prohibido bajo graves penas, y aun con castigo corporal, averiguar quién sea el deponente ó seguirle con la vista cuando se retira³. ¡Asombrosa prevision de la caridad católica! Sus maternales miradas echaron de ver cuáles serian las resultas de una conducta inversa; y sin embargo la moderna filantropía, creyendo ser mas ilustrada que la caridad, pensó mejorar la cosa suprimiendo los tornos y exigiendo declaraciones humillantes: queria, segun su decir, atajar el libertinaje, y en su desacuerdo solo ha logrado multiplicar los conatos, siendo cada dia los infantillos abandonados en un rincon de los templos ó tras las puertas de las casas, nuevas acusaciones contra la imprudencia y barbarie de sus leyes. No, la caridad que recibe á ojos cerrados el inocente que se le confia, no incita al libertinaje; hija de la Religion, ella, al igual que su madre, encarece la pureza de costumbres; lo que sí incita al desenfreno es la impiedad, es sobre todo el ejemplo asaz frecuente de esos mismos filántropos que declaman contra la caridad y que suprimen los tornos.

¡Vedlo, y enorgulleceos! En todas partes la Religion ha obrado mejor que la filantropía, porque nada escapó á su previsora solicitud: ya en el siglo XII, no solo se ocupaba en criar huérfanos y curar enfermos, sino que ocurría á otras muchas necesidades, y segun hemos visto, ella habia situado su tienda en la cumbre de los Alpes, para, con ayuda de los religiosos del San Bernardo, proteger y encaminar á los pobres viajeros. Conviniendo además en aquellos tiempos atender en ciertas provincias á la seguridad de los caminos, tambien esa empresa la Religion la tomó sobre sí, por manera que

¹ El dote que hoy se da es de 100 escudos romanos, 540 libras. (Morichini, etc., pág. 95.)

² Ahora sube á 121,000 escudos romanos. (Id. pág. 45.)

³ Helyot, t. II, pág. 200.

en sus divinas manos hasta el mal se convertía en bien, y los siniestros mas graves venian á producir instituciones de general utilidad.

Así sucedió el año 1130, en que Adalardo, vizconde de Flandes, regresando de una romería á Santiago de Galicia, dió en una emboscada de ladrones: pasaba la escena en un cerro aislado sito en la raya de tres provincias, Guyena, Languedoc y Auvernia, en la diócesis de Rodez; monte áspero, inhiesto, cubierto de nieves y densas brumas durante ocho meses del año, separado á lo menos tres leguas de toda humana habitacion, y siete de la capital de la provincia. Su inmensa soledad y las espesas arboledas y numerosas lagunas que en la edad media le rodeaban hacian de aquel sitio una manida segura para los facinerosos y un paso temido de los viajeros, llamándose entonces, como ahora, Albrac ó Aubrac.

El noble peregrino, viéndose en trance de perder la vida, hizo voto, si salía de él, de fundar allí mismo un hospital para albergar peregrinos y ahuyentar á los ladrones. Dios permitió en efecto que estos no le hicieran daño, y Adalardo, fiel á su promesa, al poco tiempo mandó erigir en aquella montaña un hospital con su iglesia bajo la advocacion de María santísima. El hospicio de Albrac llegó á ser con el tiempo uno de los mas célebres de Francia, y la ventaja de su situacion para facilitar las comunicaciones entre Francia y España fué altamente apreciada por los reyes de Aragon, los condes de Tolosa y otros señores, los cuales contribuyeron al esplendor de esta casa por medio de considerables donativos y fundaciones.

Su comunidad se repartía en cinco categorias: sacerdotes para el servicio de la capilla y administracion de Sacramentos á los peregrinos; caballeros para acompañar á estos, arrollar á los forajidos y proteger el establecimiento; hermanos clérigos y legos para el servicio del hospital y de los pobres; *oblatos*⁴ para cultivar las tierras

⁴ Llamábanse *oblatos* ó *donados* aquellos que se ofrecían á un monasterio para servir á Dios sin empero profesar la vida religiosa, á cuyo efecto abandonaban enteramente su casa y familia, sujetándose á una verdadera servidumbre. Como símbolo de la ofrenda que hacían de sí mismos y de sus bienes, se ceñían al cuello la soga de las campanas de la iglesia, ó se ponían algunas monedas encima de la cabeza; pues como en aquellos tiempos toda disposicion estable solía indicarse por medio de algun acto externo, esa era la forma de tradicion de los donados. La emperatriz santa Adelaida, habiendo fundado en Pavia el monasterio de San Salvador, le señaló rentas considerables, y para consolidar la donacion hizo entrega de un cuchillo; otras veces se daba un baston, un tallo de yerba (*stipula*, de donde la palabra estipular), una rama, una astilla, un libro, etc., y á veces tambien un puñado de la tierra que se entregaba, ó una bolsita llena de ella para colgarla puertas afuera.

Estos oblatos ó donados que existen en diferentes monasterios, no se deben confundir con otros que las abadías y monasterios de realengo en Francia tenían obli-

del hospital, y por fin, cosa única, á no ser en los anales de la caridad católica, damas de calidad, establecidas de asiento en la casa para lavar los piés á los peregrinos, blanquear su ropa, componer sus camas, y prestarles los humildes servicios propios de un criado para con su señor. El vizconde Adalardo fué el primer superior de Albrac, habiendo querido consagrarse en persona al servicio de los pobres. Estas varias personas llevaban una vida muy austera, compartida entre la oración, el ayuno y el servicio de sus hermanos¹.

No lejos de Albrac alzabase al propio tiempo otra maravilla de la caridad. Conviene ante todo saber que en aquel tiempo la Francia y la Europa no estaban como ahora cruzadas por anchas y hermosas carreteras que sin cesar recorren infinitos carruajes, sino que muy al revés, los viajes en general eran difíciles y poco seguros, y de consiguiente la civilización siquiera material, que nace de la frecuencia de comunicaciones, permanecía estacionaria. También la Religión se encargó de dar este nuevo impulso: los dilatados bosques que cubrían el territorio francés fueron cortados por mano de los religiosos Benedictinos y Cistercienses, y gracias á los desvelos de una hermandad que vamos á nombrar en seguida, los ríos, peligrosos á veces por la inseguridad de los vados, pudieron atravesarse con todo descanso.

Los hermanos *Pontifes* ó pontoneros vinieron á completar este conjunto de medios que la Religión había excogitado para facilitar y dar mas seguridad á los viajes. Su origen se debió á un jóven ganadero llamado Benezet, el cual por sus raras virtudes, y sobre todo por su caridad, mereció un lugar entre los Santos. Á los doce años, el cielo, valiéndose de reiterados avisos, le ordenó dejar los rebaños de su madre y trasladarse á Aviñon para construir un puente sobre el Ródano. Llegó allá el año 1176, y habiendo entrado en la iglesia á la sazón que el obispo predicaba, aguardó que este saliese, y le declaró su misión. El prelado, viendo á un pobre villano sin instrucción ni letras, le tomó por fatuo y lo remitió al preboste de la ciudad con amenaza de hacerle cortar piernas y brazos, y el preboste por su lado no fué mas crédulo que el obispo. El pueblo sin embargo, ante las pruebas sobrenaturales que el mancebo daba de su divina misión, accedió á sus invitaciones, y el puente fué empezado el año 1177. Compuesto de diez y ocho arcos, y largo de 1340 piés, pasa con razón

gación de recibir y mantener, tocando su presentación al Rey, á los que en efecto se recibía y sustentaba con decoro; reduciéndose su encargo á tañer las campanas y barrer la iglesia. Esos puestos se reservaban regularmente para soldados inválidos, estropeados en la guerra, y mas adelante quedaron vinculados como verdaderas pensiones al hospital de Inválidos edificado por Luis XIV. (Helyot, t. V, pág. 90.)

¹ Helyot, t. III, pág. 172. Consúltese para mayor ilustración el reciente opúsculo del abate Bousquet sobre la abadía de Albrac.

por una maravilla¹, habiéndose empleado en su obra once años nada menos, siendo siempre el director de ella Benezet, hasta que falleció poco antes de terminarse, en el año 1184, y fué enterrado en un lucillo debajo del tercer pilar del mismo puente. Otro, también sobre el Ródano, labraron los religiosos Pontifes, mas soberbio que el de Aviñon, llamado del Espíritu Santo, y que subsiste todavía.

Erigir puentes, establecer barcas para cruzar los ríos, y prestar ayuda á los viandantes, tal era el instituto de esos buenos religiosos, los cuales apostados á semejante fin en las rias ó cerca de los vados, se ocupaban en pasar gentes con sus barcas siempre prontas; y si por acaso venían los viajeros muy cansados ó les sobrecogía la noche, les daban albergue, sustento y abrigo, y no les abandonaban hasta ponerles en lugar seguro². ¿No es, pues, una verdad, ¡oh Dios mio! que jamás os habeis cansado de favorecer á los hombres? ¿No es, pues, una verdad, ¡oh Religión santa, tierna madre nuestra! que así velais por el alma como por el cuerpo de vuestros hijos, pues no hay necesidad alguna que se oculte á vuestra solicitud?

Envidioso el infierno de la dicha que tantas mercedes proporcionaban al hombre y á la sociedad, procuró con nuevas mañas llamar hácia otro lado la atención de la Iglesia, tratando de abrir nuevamente la fuente de sus lágrimas, con incitar el brazo secular á arrogarse, cual en otras épocas, la provisión de los cargos eclesiásticos; pero atájole Dios mediante el noveno concilio general que se celebró en la iglesia de San Juan de Letrán en Roma. Aunque esta derrota fué en regla, el infierno no se desanimó: Arnaldo de Brescia, discípulo de Abelardo, empezó entonces á sembrar perniciosos errores; pero luego también el décimo concilio celebrado en el propio lugar hizo la ley al innovador y á sus innovaciones. Por último y desesperado partido, los poderes infernales avocan contra la Iglesia una taravilla de sectarios andrajosos llamados *Valdenses*, de Valdo, su jefe, natural de Lyon: consistía la herejía de estos miserables en decir que insiguiendo la pobreza evangélica nadie puede poseer cosa alguna, con lo cual zapaban el edificio social, y además echaban abajo la jerarquía eclesiástica, añadiendo que cada cristiano era un sacerdote, y que ellos solos constituían la verdadera Iglesia. San Juan de Letrán vió juntarse en su grandioso recinto el undécimo concilio general que proscribió el naciente error, uno de los mas peligrosos que desde mucho tiempo se hubiesen suscitado, de modo que á pesar del concilio la victoria aun no quedó segura.

Para mas acreditar sus errores los Valdenses afectaban un exterior mortificado y costumbres austerísimas en apariencia, y siendo todos

¹ Ha sido destruido por el Ródano, y ya no quedan de él sino leves vestigios.

² Helyot, t. II, pág. 290.

legos, y generalmente de la ínfima clase del pueblo, arrastraban en pos de sí á los incautos campesinos. Convenia, pues, á sus falaces virtudes oponer otras verdaderas, á su abnegacion hipócrita el contraste de una pobreza sincera y universal; y eso es lo que la Providencia hizo estableciendo varias Órdenes religiosas que se multiplicaron en aquel siglo, y especialmente en el inmediato, durante el cual se pagaron aun los errores de los Valdenses. El propio objeto logró suscitando en las condiciones mas oscuras ilustres modelos de toda virtud, cuya santidad reveló Dios por medio de estupendos milagros, entre ellos san Isidro patron de los labradores, y san Drogon que lo es de los pastores, cuyas historias vamos á referir.

Isidro nació en España. Sus padres, modelos de piedad, aunque pobres en bienes, grabaron en su tierno pecho con ejemplos y lecciones el horror al pecado y el santo temor de Dios. Aunque desposeídos de medios para atender á su instruccion, no por esto fué menos sólida la virtud del niño, el cual aprovechaba con anhelo todas las ocasiones de oír la palabra de Dios. Esas doctrinas hacian en su ánimo una impresion tanto mas honda, cuanto mas puro y vehemente era su afan por instruirse. Sufrido en las injurias, afable con sus émulos, leal hácia sus amos, solícito en ocurrir al deseo de todos aun en cosas indiferentes, y aplicado á servir á los demás, logró reportar una victoria completa sobre sus pasiones. Confunde la conducta de este Santo á aquellos que pretextan tener muchas ocupaciones para no consagrarse á las prácticas de piedad: él sabia convertir su trabajo en un acto perenne de religion, dándose á él en espíritu de penitencia y como para llenar la voluntad del cielo; de suerte que mientras su mano conducia el arado, su corazón conversaba con Dios y con los Ángeles. Ya deploraba su miseria y la de los demás hombres, ya suspiraba tras las delicias de la celeste Jerusalem: un vehemente amor al rezo junto con las asiduas prácticas de humildad y mortificacion le granjearon aquella eminente santidad por la que tan admirado fué en España y aun en toda la Iglesia.

Cuando mancebo, entró al servicio de un hidalgo de Madrid llamado Iban de Vargas para cuidar sus tierras y dirigir una de sus haciendas, y mas adelante, habiendo determinado contraer matrimonio, fijó su eleccion en una doncella llamada María Toribia (despues santa María de la Cabeza). Isidro siguió siempre al servicio del mismo amo, y este, conociendo los muchos quilates del tesoro que poseia, tratábale como á un hermano, recordando aquel precepto del Eclesiástico: *Al siervo cuerdo ámale como á tu alma*⁴. Permitióle asistir cada dia á los sagrados oficios, mas el Santo, no queriendo abusar, madrugaba mucho para dar á un tiempo cumplimiento á su piedad y sus obligacio-

⁴ Eccli. vii, 23.

nes, sabiendo que es falsa devocion querer agradar á Dios faltando á los deberes del propio estado.

Lleno de compasion hácia los pobres, aunque él lo era tambien, procuraba endulzar sus quebrantos, consagrando á este objeto buena parte de su salario. Despues de inspirar á su consorte los sentimientos que le poseian, logró hacer de ella una fiel imitadora de sus virtudes, hasta fallecer en olor de santidad; y él mismo, habiendo enfermado, predijo la hora de su muerte. Preparóse á sufrirla con redoblado fervor, y recibió con tal edificacion los Sacramentos que arrancó lágrimas á todos los presentes. Tenia cerca de sesenta años cuando se durmió en el Señor el dia 15 de mayo de 1170⁴. Su santidad, declarada por asombrosos milagros, hizo ver de qué parte estaba la verdadera Iglesia, la madre de los Santos, la esposa de Jesucristo, y los Valdenses quedaron para siempre desacreditados no solo en España sino tambien en todo el Mediodía de Europa.

Entre tanto la Providencia cuidaba de confundirles en el Norte y en muchas provincias, llamando á otro Santo de oscuro origen, al que presentó á la vista de todos, haciéndole viajar durante mucha parte de su vida. Fué el nuevo pregonero de la santidad católica san Drogon, natural de Epinoy en Flandes, huérfano desde la cuna, pues su padre le premurió, y su madre espiró al darle á luz. De muy niño hizose notar por su descollante piedad: á los veinte años dejó cuanto tenia para seguir con mas libertad á Jesucristo, y libre ya de toda traba mundana vistió un cilicio y un sayal grosero, y á imitacion de Abraban se expatrió, haciendo varias romerías, hasta fijarse en el villorrio de Seburgo en Hainaut, á dos leguas de Valenciennes. Allí entró en clase de pastor al servicio de una piadosa dama llamada Isabel de La Haire, eligiendo este empleo como el mas propio para ejercitar la obediencia, la humildad y la mortificacion. Seis años estuvo así guardando reses, llamando la atencion por su modestia, su fervor y sus demás virtudes, y captándose el afecto de toda clase de personas. Cedia á los pobres cuanto le daban, y además dábales todo aquello que podia escatimar de su menguada racion.

Temiendo sucumbir á los halagos de la vanagloria, dejó su empleo, y se puso á recorrer los lugares de devocion mas célebres, y tan solo en Roma estuvo nueve veces. Estas romerías, emprendidas con las disposiciones necesarias, fueron para él un caudal de merecimientos, para los fieles un gran motivo de edificacion, y para los herejes una refutacion notoria. De vez en cuando volvía á Seburgo; pero una relajacion de intestinos, ocasionada por tan largas correrías, le obligó á permanecer en su retiro y á no volver á separarse de él por el resto de su vida. Para poder adorar á Dios sin tregua y estarse

⁴ Godescard, 15 de mayo.

como quien dice al pié de los altares, hízose construir una barracilla junto á la iglesia, en la cual pasó cuarenta y cinco años viviendo solo de pan de centeno amasado con lejía, y bebiendo agua tibia, todo para mayor mortificación, si bien lo disfrazaba aparentando ser un régimen indispensable para su salud. Así llegó hasta la edad de ochenta y cuatro años, falleciendo el día 16 de abril de 1186⁴.

En resarcimiento de las pérdidas ocasionadas á la Iglesia por los Valdenses, el Señor atrajo á su maternal regazo los Rugienses, otra poblacion idólatra del Norte. Valdemaro, rey de Dinamarca, tripuló buques para subyugar á los esclavos rugienses, habitantes de la isla de Rugen, y habiendo puesto cerco á su capital, la tomó á partido. El artículo primero de la capitulacion fué que ellos entregarían al vencedor su divinidad llamada Suantovit, y que cederían á la Iglesia las tierras consagradas á sus falsos dioses. Suantovit era un ídolo gigantesco que tenia cuatro cabezas, y en su mano derecha un cuerno embutido de diversos metales, el cual cada año llenaba el pontífice de vino, y segun este disminuía ó no, augurábase la esterilidad ó la abundancia de la tierra. Á este ídolo se sacrificaban víctimas humanas, escogidas entre los Cristianos; nueva prueba de que esa inicua costumbre fué general en el globo para mengua de la humanidad, y para que mas y mas nos regocijemos de la venida del Dios de amor que se dignó proscribir tamaña barbarie.

El Rey vencedor mandó echar abajo este coloso, que cayó con horriblo estruendo, y habiendo los Daneses arrastrádole por su campamento, metieron con él grande algazara hasta que por la noche lo astillaron condenándole á alimentar el fuego de las cantinas. Abrasaron tambien el templo, que era una tosca obra de madera, arreglando en su lugar con los travesaños de las máquinas que habian servido para el sitio una iglesia provisional á cargo de varios sacerdotes; en cuyo trabajo tomó parte el mismo caudillo ó soberano de los Rugienses. Este, apenas instruido en los misterios de la Religion, corrió con afán á la pila bautismal, contribuyendo no poco á la conversion de sus súbditos, á quienes él mismo predicó para atraerles á las dulzuras del Cristianismo, viendo coronados sus esfuerzos con el mas ventajoso resultado.

La conversion de este pueblo y la muerte del santo pastor de Seburgo, tan preciosa delante de Dios y de los hombres, coronan con gloria los sucesos del siglo XII. En el siguiente, la lucha eterna del mal contra el bien, es decir, de la herejía y el escándalo contra la verdad y la santidad católica, va á tomar proporciones mas grandiosas, pero solo para poner mas en relieve los inagotables recursos de la Providencia y la asombrosa fecundidad de nuestra madre la Iglesia, á la

⁴ Godescard, 16 de abril.

par que la flaqueza, la mala fe y los crímenes de los sectarios del error. Ved ahí en sosten de la verdad cuarenta y dos Órdenes religiosas, tres concilios generales, grandes reyes y reinas tan ilustres por su santidad como por el brillo de sus coronas, ingenios esclarecidos, y finalmente Santos admirables así por la constante inocencia de su vida, como por sus altos ejemplos de penitencia.

No menor ejército se necesitaba para defender el mundo cristiano, contra el cual el infierno desataba todas sus iras: por un lado los Valdenses, los Albigenses, los Beguardos y otra multitud de herejes predicaban errores groserísimos; por otro el apego á los placeres, riquezas y honores invadiendo rápidamente á nobles y plebeyos, y postergando el espíritu del Evangelio; y últimamente los filósofos y teólogos, que imbuidos en la filosofía de Aristóteles y de los Árabes, llevaron á las cosas de la Religion una curiosidad excesiva, y una afición desmedida á las sutilezas del raciocinio, hasta incurrir en absurdos desvaríos⁴. Entre tanto mientras el error cundía y la concupiscencia ganaba terreno, las calamidades públicas, consecuencia inevitable de la herejía y del desórden moral, iban á lastimar al orbe culpable; pero antes que hablemos de los paladines de la virtud y la verdad, demos á conocer á sus antagonistas; porque la Iglesia nunca ataca: siendo la primera, y estando en posesion, no hace mas que defenderse; y hé aquí precisamente otra prueba de ser ella la verdad, pues en todos casos la verdad precede al error.

De los Valdenses se ha dicho ya lo necesario: los Albigenses, resabio impuro de los Maniqueos, que infestaron el Languedoc, pretendian que este mundo visible es obra del demonio, y atacaban de paso los Sacramentos, los ritos de la Iglesia y su autoridad y prerogativas; al igual que los Valdenses eran pobres y afectaban regularidad de costumbres, si bien en secreto se entregaban á toda clase de desórdenes. Una vieja importó esta herejía de Oriente á Francia, la cual una vez introducida se desplegó haciendo numerosos prosélitos en varias provincias, y favorecida por ciertos magnates, usurpadores de bienes eclesiásticos y condenados por los Concilios á devolverlos so pena de entredicho, llegó á formar una secta asaz temible. Habia tambien los Beguardos, otra clase de fanáticos, segun cuyo decir el hombre puede llegar á ser tan perfecto en la tierra, que ya no pueda pecar; en cual estado todo le será lícito, sin tener que orar, ayunar, ni obedecer á las leyes civiles ó eclesiásticas. Por supuesto que los Beguardos se contaban entre estos seres privilegiados, y que obrando en consecuencia, entregábanse sin escrúpulo á odiosas demasias, siempre en secreto.

Verdaderamente nada contribuyó mas al progreso de los Valdenses,

⁴ Véase d'Argentré, *Colecc. rud.*, t. I, *Exámen del fatalismo*.

Albigenses y Beguardos, que esa afectada morigeracion, y así fué necesario oponerles ejemplos de virtud, y evidenciar que todas las de que ellos blasonaban eran practicadas por los Católicos. Como hacian profesion de renunciar sus bienes, llevar una vida pobre, consagrarse á la oracion y á la leccion de las sagradas Escrituras practicando al pié de la letra los consejos evangélicos, Dios suscitó fervorosos católicos, los cuales juntándose en congregaciones religiosas daban tambien sus bienes á los pobres, vivian del trabajo de sus manos, meditaban las Escrituras, predicaban contra los herejes, y guardaban la mas perfecta castidad. ¡Cosa admirable! precisamente en esta coyuntura se organizaron las cuatro Órdenes mendicantes de los Carmelitas, Franciscanos, Dominicos y Agustinos. Destinadas á contrarrestar los progresos del mal, muy pronto se fortalecieron y propagaron ¹, no ya por los desiertos y los bosques, sino en el seno de las ciudades ó en medio de poblado, viviendo sus religiosos de la limosna de los fieles, como verdadera sal de la tierra para evitar la corrupcion, ó como el sol que do quiera difunde sus resplandores. En cambio de los socorros que recibian, procuraban la salvacion de sus bienhechores guareciéndoles del contagio de los nuevos escándalos y herejías; y predicaban, confesaban y establecian en todas partes prácticas conducentes á mantener la fe y hacer revivir la devocion ².

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos deparado tan bellos ejemplos entre los pobres: concedednos la humildad y la pureza de intencion de san Isidro.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, á nadie despreciaré jamás.

¹ Acerca la utilidad de las Órdenes mendicantes, véase á Bergier, art. *Mendigos*.

² Pluquet, t. I, pág. 252.

LECCION XLI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIII.)

La Iglesia defendida: Carmelitas, Franciscanos, Dominicos, Agustinos; santo Tomás.

Los primeros adalides que Dios opuso en el siglo XIII á los numerosos sectarios que atacaban á la Iglesia, fueron los Carmelitas. En sus principios eran unos simples ermitaños retirados en el monte Carmelo en Palestina, y consideraban como á su fundador y modelo al profeta Elías, que habia vivido en la misma montaña al igual que su discípulo Eliseo. Su superior en 1209 se dirigió al bienaventurado Alberto, patriarca de Jerusalem, pidiéndole una regla, y este santo varon dictó para la Orden carmelitana unas constituciones las mas sábias, en las cuales se ordenaba á los hermanos orar noche y dia en sus celdas, salvo el caso de dispensa por legítima ocupacion, ayuno diario á excepcion de los domingos, desde la Exaltacion de la santa Cruz hasta Pascua, comer siempre de vigilia, aplicarse á trabajos manuales, y guardar silencio desde Vísperas hasta la hora de Tercia siguiente.

Las conquistas de los Árabes obligaron á estos religiosos á dejar la Palestina hácia principios del siglo XIII, y trasladarse á Europa; verdadera cohorte de aguerridos veteranos que Nuestro Señor enviaba en auxilio de su atribulada esposa la Iglesia. Rápidas fueron las creces de esta Orden y eminentes los servicios que prestó, habiendo dado al mundo una multitud de sugetos insignes, cuyo saber y virtud son el honor de la Religion. El bienaventurado Alberto su legislador pareció en 1214 á manos de un inicuo á quien habia reprendido por sus delitos ⁴.

Al propio tiempo que los Carmelitas llegaban de Oriente para defender á la Iglesia, Dios suscitó en Occidente al cuarto patriarca de la Orden monástica, el gran san Francisco de Asis. En pos de este nuevo capitán marcha un ejército de Santos, los cuales por medio de sus predicaciones oponen la verdad al error, y por medio de su ejemplo, la pobreza, la mortificacion y la humildad al amor desenfrenado de los placeres, honores y riquezas; en suma, virtudes reales á las aparentes de los sectarios y á los escándalos de los malos cristianos.

⁴ Helyot, t. I, pág. 301.